

nueva construcción, y se veía que, por el momento, no tenía ninguna otra solicitud mayor que la de terminar aquella obra (1). A 12 de Abril daba el mismo diplomático las siguientes noticias: «El Papa ha ido á ver la nueva construcción de San Pedro, para inspeccionar los trabajos; yo me he hallado también allí. El Papa llevaba consigo á Bramante, y me dijo sonriendo: «Bramante me decía que hay aquí 2,500 obreros ocupados. Se podría hacer con ellos una gran parada. Yo le respondí, que semejante multitud de operarios podía realmente compararse con un ejército, y alabé la obra como era razón. Luego llegaron también allá los cardenales Farnese, Carvajal y Fiesco, á los cuales el Papa dió audiencia en el mismo lugar de la obra» (2). Este despacho refuta completamente la narración de Segismundo de'Conti; y Bramante estuvo tan lejos de hacerse culpable de dilación en los trabajos que, por el contrario, dirigió el derribo de la antigua iglesia con un apresuramiento, al cual no se puede dar otra calificación sino la de vandalismo.

Por lo pronto ya es extraño que, según parece, no se consultó á ninguna persona inteligente é imparcial, acerca de la posibilidad de conservar la antigua iglesia de San Pedro, remediando sus daños. Antes de proceder al derribo de aquel santuario celebrado en todo el mundo, debió, por lo menos, haberse pedido dictamen á personas desinteresadas y extrañas al círculo de los arquitectos deseosos de emprender nuevas construcciones, sobre si por ventura era posible una conservación parcial del antiguo edificio. Que esto no se hiciera, en cuanto sabemos, se explica, en parte, por la exagerada estima de la nueva arquitectura del Renacimiento, cuyos partidarios miraban con menosprecio todos los anteriores edificios. En este respecto es extraordinariamente significativa la relación de Segismundo de'Conti sobre la nueva construcción de San Pedro. Segismundo, aun cuando era un humanista cristiano, no manifestó señal alguna de piedad ó interés por la basílica de Constantino y los tesoros en ella reunidos. Verdad es que pondera la grandiosa majestad del antiguo tem-

(1) *La S^{ta} del papa se dimostra tuta alegra e spesso v[a] su la fabrica de la chiesa de S. Petro dimostrando... presente non havere altra cura maggiore cha de finire la d[etta] fa[brica]. *Despacho de Costabili, fechado en Roma, á 7 de Abril de 1507. Hallé esta relación, lo mismo que la siguiente, sumamente interesante, en el *Archivo público de Módena*.

(2) V. el texto de esta relación en el apéndice, n.º 115.

plo; pero añade, que se había construido en un siglo rudo, el cual no conoció la arquitectura elegante y exquisita (1).

Otro reparo de gran peso se debe formular, por cuanto, según parece, no se pensó absolutamente en levantar un inventario de los inestimables monumentos contenidos en la iglesia antigua; y es de todo punto inexcusable la forma y manera con que fueron tratados los venerables restos de la Antigüedad. La verdad es que aquella época conocía poco ó nada, así como los siglos de la Edad Media propiamente dicha (2), la veneración respecto del pasado. Ciertamente no pretendían en principio romper con lo tradicional, «pues esto contradecía á la índole y sentimiento íntimo de la potestad pontificia, más por ventura que á ningún otro de los poderes de la tierra, por cuanto para ella, el pasado, el presente y el porvenir se dan la mano con demasiado indisoluble lazada; pero aquellos hombres, en su vehemente impulso creador, no tenían cuenta con los monumentos de la Antigüedad» (3). Vio-

(1) Sigismondo de' Conti II, 343-344. En su interesante estudio intitulado «Die alte Peterskirche zu Rom und ihre frühesten Ansichten» advierte Grisar: «Nuestros conocimientos sobre la basílica levantada por Constantino, sus decoraciones ejecutadas, ora en la antigüedad cristiana, ora en la Edad Media, sus mudanzas y vicisitudes, no son ni con mucho tan abundantes, como se había de suponer, dada la extraordinaria importancia de este monumento. Sobre todo, los diseños del mismo que han llegado hasta nosotros, son extremadamente escasos. Aunque este venerable edificio, con los monumentos acumulados en él por la piedad de todos los siglos y naciones cristianas, subsistiese todavía entero ó en las partes esenciales, en tiempos en que el arte y la técnica de la reproducción ya estaban en nuevo período de florecimiento, y centenares de dibujantes y pintores se dedicaban á estudios sobre las antiguas construcciones de Roma, con todo eso, la antigua iglesia de S. Pedro experimentó la suerte bien extraña de ser dejada aparte y preterida. El arte «renaciente» en su exclusivo entusiasmo por la clásica antigüedad, no tuvo por digno de su lápiz este edificio grandioso y lleno de veneración y santidad, porque no llevaba el ropaje del clasicismo.» *Röm. Quartalschr.* IX, (1895), 237-238.

(2) Pide la justicia, que después de haber hecho notar la culpa que tuvo el Renacimiento en la destrucción de venerables monumentos, mostremos también la que le cupo á la Edad Media propiamente dicha. Así, por ejemplo, en Maguncia, á principios del siglo XIII, se destruyó de tal manera el célebre sepulcro de S. Bardo, que ha desaparecido toda huella de él. Al construir el coro occidental en 1200-1239, la antigua catedral de dicha ciudad fué enteramente demolida. En San Albano, delante de Maguncia, desaparecieron á principios de la Edad Media los sepulcros de los Carlomaginos. De semejante manera se procedió en el siglo XIII con la antigua catedral de Colonia, de igual modo en Espira, Worms, etc. Lo que hoy día llamamos «piedad», no la conocía ni practicaba la Edad Media. Cf. Reichensperger, *Fingerzeige*, 32; *Lit. Rundschau*, 1897, p. 85, y Minkus, en el *Supl. á la Allg. Zeitung*, 1897, n.º 18.

(3) Reumont en la *Allg. Zeitung*, 1858, n.º 67, *Supl.*; cf. también el estudio

lento y falto de parsimonia, conoció Bramante todavía menos que los demás arquitectos de aquel tiempo cualesquiera respetos hacia los venerables restos del pasado, y aun hacia las creaciones de los siglos más próximos; de suerte que, ya sus contemporáneos se lo echaron en cara. Paris de Grassis refiere, que se le designaba con el nombre de *el destructor* (Ruinante), por cuanto así en Roma como en todas las otras partes, v. gr., en Loreto, derribó sin miramientos (1). Miguel Angel, en presencia de Julio II, y más adelante Rafael, en la época de León X, reprendieron la barbarie con que Bramante mandó derribar y aun hacer pedazos las hermosas columnas antiguas de la basílica de Constantino, por más que hubieran podido conservarse si se hubiese procedido más pausadamente (2). Ni la antigüedad, ni el valor artístico, fueron bastantes para contener la destrucción; y no sólo las sepulturas de papas antiguos, sino las de época posterior, los hermosos trabajos de Mino, hasta el monumento del fundador del mecenazgo pontificio, Nicolao V, fueron hechos pedazos (3). Semejante vandalismo no se puede disculpar con ninguna razón. Inútilmente se ha procurado echar la culpa (4) á la defectuosa inspección del mayordomo del Papa Bartolomeo Ferrantini, ó atribuirle á los arquitectos subordinados. Así á los mencionados como á Julio II toca ciertamente una parte de la responsabilidad; pero el principal culpable es, á pesar de todo, Bramante, cuyo proceder privó á la Cristiandad y al Papado de numerosas memorias tan caras como venerables. Ni es argumento para eximirle de la culpa, el mostrar los monumentos conservados en la cripta, conocida con el nombre de grutas vaticanas. Antes bien, las grutas vaticanas, almacén de destrozados y revueltos monumentos, altares y ciborios, que en otro tiempo llenaban los vestíbulos, pórticos y naves de la antigua basílica, son los más enérgicos acusadores del vandalismo comenzado en tiempo de Julio II, y continuado hasta la terminación de la nueva iglesia de San Pedro (5).

de Gregorovius sobre las inscripciones de Roma en la *All. Zeitung*, 1867, n.º 166, Supl., y Nolhac, *Erasmé en Italie*, 81.

(1) Paris de Grassis, ed. Frati, 287.

(2) Condivi, traducción publicada en los *Quellenschriften*, VI (1874), 49. Cf. Grimm, *Michelangelo*, I, 381.

(3) Cf. Paris de Grassis, ed. Döllinger, 428. Gregorovius, VIII, 129, y Grabmäler, 31.

(4) Pungileoni, *Bramante*, 35, 98 s.

(5) Reumont, III, 2, 380; cf. también el artículo de Reumont, sobre la histo-

Si hemos de creer al contemporáneo Egidio de Viterbo, generalmente muy bien enterado, la furia asoladora de Bramante se atrevió hasta proponer la transformación del más venerable de los relicarios de la Ciudad eterna; y sólo la firmeza de Julio II, que en los demás casos se había mostrado en exceso condescendiente con el genial arquitecto, negando con resolución su aquiescencia por lo menos esta vez, prohibió que se tocara el sepulcro del Príncipe de los Apóstoles, el cual, á pesar de todas las vicisitudes de los siglos, se ha conservado desde los días en que lo mandó construir Constantino el Grande, y nunca se ha movido de su lugar primitivo (1). Egidio refiere extensamente los esfuerzos de Bramante encaminados á obtener el asentimiento del Papa para transformar el sepulcro de San Pedro. El frontis de la iglesia de San Pedro no debía mirar hacia el oriente, como hasta entonces, sino hacia el sud; para que de esta suerte el soberbio obelisco vaticano que se levantaba aún en su antiguo sitio, en el circo de Nerón, delante de la fachada sud de la antigua basílica, (2) viniera á quedar frente á la entrada principal del nuevo templo. Julio II rehusó su consentimiento á este proyecto, observando que se debía dejar intacto aquel santuario en su lugar antiguo. Sin embargo, Bramante insistió todavía en su plan, aduciendo ser por extremo acomodado y oportuno, que la nueva iglesia de San Pedro construída por Julio II tuviese, como en su vestíbulo, el majestuoso monumento de los antiguos Césares. Con esto se aumentaría extraordinariamente el religioso afecto de todos aquellos que visitaran dicha iglesia, si los ánimos de los que á ella se dirigían fueran de antemano impresionados con la vista de aquella obra colosal. Cuanto á la traslación del sepulcro de San Pedro, él mismo cuidaría de ella, y prometía que no padecería ningún detrimento. A pesar de estas representaciones, tan hábiles como apremiantes, perseveró Julio II en su designio de que la antigua

ria de la iglesia de San Pedro de Mignanti, en la *Allgem. Zeitung*, 1867, n.º 266; Grimm, I, 381, y las notables palabras de Gnoli en el *Arch. st. dell' Arte*, II, 455.

(1) Este hecho ha sido puesto fuera de toda duda con las investigaciones hechas por el P. Grisar S. J., cuyo resultado ha sido expuesto en su excelente obra: *Le tombe apostoliche di Roma*. Aquí también se hallarán pormenores sobre el cuidado que tuvieron los papas, de conservar íntegras las reliquias de los príncipes de los Apóstoles.

(2) El lugar del obelisco (Guglia) está ahora marcado con una inscripción; cf. nuestras indicaciones en el volumen II.

posición de la basílica no sufriera mudanza, y declaró con la mayor resolución á su arquitecto, que por ningún caso toleraría que se tocara al sepulcro del primero de los papas. Por lo que miraba al obelisco, Bramante veía lo que podría hacerse. El, el Papa, era de parecer que se debía preferir lo cristiano á lo pagano, la religión á la magnificencia, y la piedad al ornato (1).

Que Julio II tuviera ante los ojos en primer lugar, en sus empresas arquitectónicas, el aspecto religioso, y que en ninguna manera se propusiera con ellas en primera línea el aumento de su propia gloria, no se colige sólo de la ya mencionada é interesantísima conferencia con Bramante. De ello nos da nuevo testimonio una bula sobre la *Cappella Giulia*, de 19 de Febrero de 1513, por ventura el último documento que expidió este Papa antes de su muerte. En ella resume Julio II por significativa manera, las razones que le movían en aquella empresa. «Nós consideramos como obligación nuestra, se dice allí, fomentar el culto divino, no solamente con prescripciones, sino también con el buen ejemplo. Ya siendo cardenal, en muchos lugares y principalmente en Roma, parte restauramos y parte edificamos de nuevo iglesias y monasterios; y después de nuestra elevación á la Santa Sede hemos proseguido tales obras con tanto mayor celo y liberalidad cuanto es más extendida la solicitud por la Cristiandad que se nos ha confiado. El sabio Salomón no rehusó sacrificio ninguno, aun cuando no había brillado todavía para él la luz del Cristianismo, á trueque de edificar para Dios Nuestro Señor una digna morada. También nuestros predecesores, y principalmente nuestro tío Sixto IV, que descansa en el Señor, trabajaron en este mismo sentido, y ninguna cosa tenían más en su corazón que la sublimidad del culto divino y la digna disposición de los sagrados templos.» El, por su parte, había querido continuar sobre las mismas huellas (2).

(1) Los datos citados en el texto, que han escapado á todos los que han hecho estudios sobre el nuevo San Pedro, incluso v. Geymüller y Müntz, los hallé en la *Historia viginti saecul. de Egidio de Viterbo, que está en la *Biblioteca Angelica*, de Roma, Cod. C., 8, 19. En atención á la gran importancia de la materia, pongo los pasajes originales en el apéndice, n.º 130. Esta relación contiene indirectamente un nuevo testimonio del estado ruinoso de la antigua iglesia de San Pedro. Muestra asimismo que Julio II de ningún modo se reconocía culpable de haber ofendido la piedad con su nueva construcción.

(2) Bull. Vat., II, 348 sq. Añádense después decisiones en favor de la *Cappella Giulia*.

A 16 de Abril de 1507, Enrique Bruni, arzobispo de Tarento, colocó la primera piedra para los otros tres plares de la cúpula, y las órdenes de pago y contratos, que por desgracia ofrecen harto incompletas noticias, indican el progreso de los trabajos. En Julio llamó el Papa, de Florencia, á Mario Maffei, para nombrarle inspector general de la fábrica de la iglesia de San Pedro. A 24 de Agosto el romano Mélico Antonio di Jacopo se comprometió á entregar ciertos capiteles de columnas. En un documento, por desgracia sin fecha, del mismo año 1507, se obligaba el nombrado, juntamente con Juliano del Tozzo, Franco, Paulo Mancino, Vicente da Viterbo y Bianchino, á ejecutar en el exterior de la tribuna los capiteles y el entablamento, y en el interior la cornisa principal, según los dibujos de Bramante. A 1 de Marzo de 1508 están fechados los contratos con Francisco di Domenico da Milano, Antonio di Giacomo del Pontasieve y Benedetto di Giovanni Albini de Roma, sobre los grandes capiteles de las pilastras interiores (1). En Agosto de 1508 da cuenta el embajador veneciano de una infructuosa tentativa del Papa encaminada á obtener para la construcción de San Pedro la cuarta parte del diezmo concedido al rey de España. El mismo embajador manifiesta en Diciembre el celo del Papa por aquella grande obra (2). Acerca del año 1509 no poseemos ninguna noticia. A 16 de Enero de 1510, Antonio da Sangallo cobró 200 ducados á cuenta por la construcción de las cimbras para edificar los arcos de la cúpula; y otro pago semejante se hizo á 18 de Noviembre (3).

Julio II trabajaba incesantemente para procurar los recursos que la obra requería; y á este objeto destinó una parte de los ingresos de la Santa Casa de Loreto, y encargó en todas partes á sus mensajeros la recaudación de limosnas para la misma obra. Los mencionados estimulaban á todos los fieles á contribuir á tan piadoso objeto, y á aquellos que aportaban su óbolo, les concedían, bajo las condiciones acostumbradas, gracias espirituales (4). Cuán

(1) V. Geymüller, 355-356. En el Diario di Tommaso di Silvestro, 621, se halla un nuevo testimonio acerca de los progresos de las obras de construcción. El breve concerniente á M. Maffei puede verse en Falconcini, Vita di Raffaello Maffei (Roma, 1722), 117.

(2) Sanuto, VII, 606, 678.

(3) V. Geymüller, 356.

(4) Cf. Diario de Tommaso di Silvestro, 621 s. Bangen, 278 s. Reumont, III, 2, 48. Paulus en el Hist. Jahrb., XVI (1895), 38 s., y Tetzl, 24 s. Cf. Archiv d.

grandes fueran las cantidades recaudadas de esta manera, se puede colegir de la noticia que da un embajador veneciano, de que un solo Hermano religioso había vuelto de su viaje con 27,000 ducados. Ya entonces (Abril de 1510) se entendía claramente (1) que la obra exigiría largo tiempo para llegarse á terminar. La idea de que toda la Cristiandad debía contribuir á erigir un monumento digno del Príncipe de los Apóstoles era, sin duda, hermosa; pero atendiendo á la aversión, muy extendida en grandes círculos, contra semejantes cuestaciones de dinero, y en consideración á los adversarios que echaban á mala parte aun las intenciones más puras de los papas; el camino emprendido no estaba libre de inconvenientes. Cuando en el tiempo siguiente se enredó Julio II en la gran lucha con Francia, no faltaron algunos que afirmaron, que los fondos recaudados para San Pedro se empleaban en la guerra (2). Esto pudo ser cierto en momentos de apuro, así como también es verdad que, en el tormentoso año de 1511, se hizo sentir una disminución en la actividad arquitectónica; mas con todo, también entonces hallamos haberse hecho algunos pagos (3). Una relación del embajador veneciano, de Agosto de 1511, manifiesta que Julio II no se olvidó de su catedral de San Pedro, ni aun en los tiempos de mayor apuro y peligro (4); y del último documento que el Papa expidió en la víspera de su muerte, se colige su celo por la obra comenzada (5).

Las cantidades satisfechas á los empresarios é inspectores de los trabajos en San Pedro ascienden, según los datos de los registros pontificios, á 70,653 ducados de oro durante el tiempo de Julio II; suma, á la verdad, no muy crecida, cuando se la compara con los gastos hechos por los posteriores papas. Así aquella obra gigantesca consumió, en el tiempo desde 22 de Diciembre de 1529 hasta 2 de Enero de 1543, 89,727 escudos; desde 9 de Enero de 1543 hasta 25 de Febrero de 1549, 160,774 escudos (6). A la muerte de

Hist. Ver. v. Bern, XI, 239. Sobre las colectas hechas en Polonia, v. Acta Tomic., I, 56; en Hungría, Theiner, Mon. Ung., II, 578 sq. Sobre Inglaterra, v. arriba p. 385, y Busch, Tudors, I, 244. Cf. también Lettres de Carondelet, 110.

(1) Sanuto, X, 80.

(2) Acta Tomic., I, 56.

(3) V. v. Geymüller, 356.

(4) Sanuto, XII, 362; cf. 370.

(5) Bull. Vat., II, 348 sq.

(6) Pungileoni, Vita di Bramante, 96, y Müntz, Hist. de l'Art, II, 387. Cf. Fea, Notizie, 32.

Julio II estaban terminados los cuatro pilares de la cúpula, cada uno de los cuales tiene una base de más de cien pasos de rodeo, y los arcos torales dispuestos para sostener la cúpula. Estos se habían construído según el método de bóveda de cemento, nuevamente descubierto por Bramante. El coro, comenzado en tiempo de Nicolao V por Bernardo Rosellino, lo aprovechó Bramante en parte para la pared posterior del transepto, y en parte lo convirtió en un coro provisional. Además se principiaron las tribunas de la nave central, y asimismo un recinto adornado de columnas dóricas, y destinado para el Papa y su corte en la celebración de los solemnes oficios; obra que fué más adelante terminada por Peruzzi, y luego derribada otra vez. El altar mayor y las tribunas de la antigua iglesia de San Pedro estaban todavía en pie por entonces (1); pero ya en la fiesta de Todos los Santos de 1511 no pudo celebrarse la misa solemne en la antigua basílica, sino en la Capilla Sixtina (2).

Lo propio que para la iglesia de San Pedro, había trazado también Bramante para la nueva edificación del palacio Vaticano un maravilloso modelo (3), en el cual se proyectaba asimismo una completa transformación y reedificación; pero se interpuso la muerte de Julio II. Sin embargo, lo hecho era ya tan notable, que en el año de 1509 pudo decir Albertini al Papa: «En el Vaticano ha llevado á cabo Vuestra Santidad mayores cosas, que vuestros predecesores durante un siglo» (4).

El genio de Bramante no se mostró menos grande en estos edificios seculares, que en los templos trazados por él. Todo el mundo conoce al famoso Cortile de Dámaso, cuyo proyecto, en el que se combinan en grado extraordinario la gracia, la ligereza y la grandiosidad, procede también de Bramante, por más que su perfección no fuera llevada á término sino por Rafael, y en parte todavía más tarde.

(1) Plattner, II, 1, 136. Jovanovits, 33. V. v. Geymüller, 134 s., 175, particularmente sobre el coro provisional, suprimido en 1585, por el cual el Papa y Bramante querían salvar las apariencias, de que utilizaban las construcciones comenzadas por sus predecesores. v. Geymüller demuestra también, p. 224 ss., que los pilares actuales de la cúpula son de Bramante (cf. Jovanovits, 36), y le asegura la honra de haber hallado el procedimiento de construcción de bóveda llena.

(2) Paris de Grassis, ed. Döllinger, 415.

(3) Vasari, IV, 158 (Le Monnier, VII, 133). Burckhardt, Renaissance, 113.

(4) Albertini, ed. Schmarsow, 19. Cf. Laurent. Parmenius, 311.

Otro nuevo plan de aquellos que sólo podían ocurrirse á un Julio II, tenía por objeto unir el antiguo palacio Vaticano (que no era propiamente sino un conglomerado de edificios) con el Belvedere, situado en el declive de una colina á cuatrocientos pasos de distancia. También para esto trazó Bramante un grandioso proyecto, en el cual dos corredores rectilíneos conducían desde el antiguo palacio al Belvedere; el desigual terreno intermedio, de 300 metros de largo por 70 de ancho, se dividía en dos grandes planos. El más bajo junto al palacio (el gran patio inferior que existe ahora), forma la arena de una plaza para torneos y corridas de toros. Desde él conduce una magnífica escalinata á una terraza intermedia, desde la cual había de ascenderse por una doble y espaciosa rampa al plano superior, destinado á jardín y adornado con árboles (actualmente, Giardino della Pigna). La plaza está limitada en los costados largos por tres pisos de logias, y en la parte angosta adyacente al palacio, por un gran anfiteatro semicircular para los espectadores. Los dos pisos superiores de las logias se continuaban en los dos paseos laterales del jardín superior, y en el lado menor se levantaba, cerrando aquel espacio, y frente al anfiteatro mencionado, una grandiosa é insuperable hornacina, coronada con una media cúpula y un pórtico semicircular de columnas (1): disposición, á la verdad, que no hubiera tenido igual en el mundo (2). Aun cuando los trabajos se emprendieron con gran fervor, á la muerte de Julio II, no se había terminado sino la galería izquierda del lado de Oriente; y posteriormente, los cambios y añadiduras alteraron aquella grandiosa creación, hasta hacerla casi imposible de reconocer. Sixto V dividió en dos partes la gran plaza, con el cuerpo transversal de la Biblioteca Vaticana; y con esto, no sólo se destruyó el efecto de la hermosa plaza, sino también el de la hornacina, la cual parece ahora desmesuradamente grande, porque el espectador no

(1) Todo el proyecto de Bramante se halla en v. Geymüller, tabla 25. Vasari, IV, 155 s. Pungileoni, Vita di Bramante, 31. Reumont, III, 2, 375-376. Burckhardt, Renaissance, 52, 88, 97, 204, 256. v. Geymüller, 75 s., halla poco probable que Bramante haya atendido, de una manera general, á los proyectos trazados por Rossellino en tiempo de Nicolao V. Pero, como quiera que sea, él deseaba poner en armonía su construcción del palacio con los ejes de San Pedro. Sobre las tauromaquias en Roma, en tiempo de Julio II, v. Nolhac, Erasme, 75. Sobre el nicho, cf. también Schöner, 122, y Nohl, Ital. Skizzenbuch, 301.

(2) Juicio de Burckhardt, Cicerone, 109.

puede contemplarla á la conveniente distancia (1). Además, aquel Papa hizo tapiar las logias abiertas. El largo corredor, desde donde se descubre la magnífica perspectiva de Roma y sus alrededores, sirve ahora para la gran colección de inscripciones cristianas y antiguas (2); y en tiempo de Pío VII se construyó también, junto á la Biblioteca, el *Braccio Nuovo*, destinado para servir de museo.

Al número de los trabajos emprendidos por Bramante para hermosear y, como dice Vasari, «rectificar» la residencia pontificia, pertenece también la ampliación y embellecimiento del Belvedere. Todo el edificio, llamado por su eminente posición «Torre de los Vientos» (*Tor de' venti*), fué revestido, por la parte del sud que da al jardín, con una nueva fachada de dos pisos y harmónico estilo, cuyo centro forma la mencionada grandiosa hornacina de unos 25 metros de elevación. En la parte oriental adosó Bramante al Belvedere, en forma de torre, la caja de la célebre escalera espiral sostenida por columnas, que conducía á un jardín colocado en un resalto de las murallas. Además se adornó el edificio con baños, jaulas de pájaros y vistas de las más famosas ciudades de Italia (3).

El Belvedere debía convertirse pronto en la más grandiosa colección de esculturas que había entonces en el mundo. Púsose el fundamento de esta colección con los numerosos hallazgos de restos de la Antigüedad romana que se hicieron en tiempo de Julio II, por el afán de coleccionarlos que mostró este Papa. Verdad es que Roma, ya en la mitad del siglo xv, poseía numerosas estatuas; pero no obstanté, en tiempo de Poggio sólo cinco se habían puesto en público (4). La preciosa colección de Paulo II, en la cual, por otra parte, el genio de la Antigüedad está sólo representado por obras de las artes industriales, no había sobrevivido á la muerte del Papa veneciano. Sixto IV había abierto

(1) Semper, Bramante, 41. La grandiosa construcción del patio, sólo puede aún ahora contemplarse en todo su conjunto y apreciarse debidamente desde la cumbre de la cúpula de San Pedro.

(2) Todo el que visita la biblioteca Vaticana conservará memoria de este corredor.

(3) V. v. Geymüller, 77. Michaelis en el *Jahrbuch d. Deutsch. archäol. Instituts*, V, 13. Reumont, III, 2, 382. Klaczko, 169. Un dibujo de la obra de Letarouilly, *Le Vatican, Cour des Belvédère*, tabla 5, muestra el estado de la construcción al tiempo de la muerte de Bramante; cf. la tabla 8.

(4) Müntz, Raphael, 589.